

# ¿QUÉ OCULTABA MIGUELÓN?

Maribel Cobo Minguela



# ¿QUÉ OCULTABA MIGUELÓN?

Maribel Cobo Minguela



Primera edición: noviembre de 2024

© 2024, Maribel Cobo Minguela

© del prólogo, Marina Diez Minguela

© de la presente edición, Hilatura estudio editorial

[www.hilaturaeditorial.com](http://www.hilaturaeditorial.com)

[hola@hilaturaeditorial.com](mailto:hola@hilaturaeditorial.com)

ISBN: 978-84-128091-7-6

Depósito legal: AL 3538-2024

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización previa de los titulares de los derechos.

# PRÓLOGO

Querido lector:

Si has leído alguno de los libros escritos por Maribel, este es totalmente atípico, diferente a los anteriores. Es una grata sorpresa ver cómo puede cambiar el ritmo de la narración con un tema tan apasionante como actual y controvertido: la criogenización.

La criogenización, del griego *kyros* ('frío'), es un método por el cual se somete a una persona a condiciones de frío intenso, mediante nitrógeno líquido, cuando la medicina actual ya no puede hacer nada por ella. El objetivo es preservar el cuerpo para reanimarlo en el futuro.

Al comienzo de la novela, se hace una detallada descripción de la mayoría de los personajes, de muy distinta clase social, y de nuestro protagonista, el inteligente Miguelón.

No voy a revelar lo que descubriréis en las siguientes páginas, pero por los párrafos anteriores

ya sabemos que para posicionarnos ante el motivo principal del libro debemos llegar a la palabra *muerte*.

La muerte es algo que siempre ha inquietado y preocupado al hombre desde la antigüedad. Existen multitud de creencias a través de las cuales se ha pretendido dar sentido tanto a nuestra existencia como a la inevitabilidad del propio fallecimiento.

Muchas personas consideran este tema como algo tabú o desagradable de comentar, a pesar de ello es una cuestión recurrente para la filosofía, la ciencia, la religión, el arte y, últimamente, el cine.

Con independencia del ideario de cada persona, el hecho es que la muerte es el final de la vida. ¿O no? Si seguimos la trayectoria de esta novela, se pueden invertir los términos: la muerte puede ser el comienzo de la vida ya vivida.

Decía Maximilien Robespierre que la muerte es el comienzo de la inmortalidad. En las siguientes páginas vamos a corroborarlo.

Maribel entiende que la vida es una gran sorpresa y la muerte puede ser una mayor. Pero, aun sabiendo que la muerte está segura de ganar, nos da una vida de ventaja. Si nos ceñimos al significado de *memento mori*, locución italiana que significa «recuerda que morirás», esta novela nos lleva desde el final de la primera vida a otra vida nueva, continuación de la ya vivida.

Si la muerte nos sonríe a todos, lo mejor que podemos hacer es devolverle la sonrisa, y esto es lo que hace nuestro Miguelón.

Para concluir, lanzo una pregunta al aire:

¿La criogenización sigue siendo ficción hoy?

La muerte le pregunta a la vida: ¿Por qué a mí todos me odian y a ti todos te aman?

La vida responde: Porque yo soy una bella mentira y tú una triste verdad.

A mi hermana Eva, a mi hijo Carlos,  
a mi madre y a mi padre.  
Ellos son las cuatro esquinitas de mi cama.

*Tengo la intención de vivir para siempre,  
o morir en el intento.*

GROUCHO MARX

# CAPÍTULO 1:

## HABÍAN PASADO CUARENTA AÑOS

—¿Qué le pasa a tu tío? —preguntó Cándido a su amiga Irene con voz apresurada, los ojos inusualmente abiertos, la tez pálida, la respiración entrecortada—. Acabo de verle agazapado en el tejado de tu casa. No es la primera noche que lo encuentro ahí arriba.

Irene era una preciosidad. Cuello de cisne, sonrisa eterna en esa boca con forma de corazón y color de fresa, orejas pequeñas y pegadas a los lados de la cara, nariz recta pero ligeramente curva en la punta. Ojos esmeralda, que heredó de su abuelo Daniel, con pestañas largas y tupidas, color del trigo a punto de cosechar, a juego con aquella melena que irradiaba un brillo como de sol. Era alta, pero sin exagerar. Delgada, pero con los huesos bien escondidos por debajo de una piel canela clara. Vientre plano. Pechos para caber justo en una manaza de hombre. Caderas ovaladas y andares de modelo.

Su tío era Miguelón, el único hermano de su madre. De complexión fuerte, un hocico por boca, mirada torcida de ojos pequeños bajo una ceja entera, oscura como una noche negra. Gastaba melena azabache que recordaba a la crin de un caballo zaíno. Dos orejas grandes con pelos en el orificio de cada una. Los agujeros de su nariz chata, como de boxeador castigado, parecían cuevas en miniatura. La frente plana, dura como pedernal, llegaba hasta la mitad del cráneo, que se intuía a través de la piel seca, algo escamosa, como de serpiente. La curvatura de su espalda se balanceaba al andar, como si las costillas fuesen a salir disparadas. Edad indefinida. Atesoraba un patrimonio inmenso que heredaría la hermosa Irene cuando él volviera al lugar de donde vino. Su principal ocupación era proteger a su sobrina para que no se enamorase de alguien que la pudiera engañar. Así lo dejó indicado su hermana en su testamento cuando se sintió enferma de gravedad.

Miguelón era raro, muy raro, pero Olga confiaba en él desde aquel día que apareció en su casa con un documento que demostraba que era el hermano que desapareció en los carnavales. Lucinda, la supuesta madre de Olga, buscó a su hijo durante tres años hasta que murió de pena al no encontrarlo.

Irene, siguiendo el consejo de su tío, pensaba estudiar Bioquímica, Evolución y Genética, la nueva carrera que le abriría un mundo fascinante. Tenía

muchos pretendientes, pero Miguelón los espantaba a todos.

Cándido era el mejor amigo de Irene. Coursaba primero de Biología y trabajaba en el laboratorio de la Universidad. Le contrató la condesa para dar clases particulares a su nieta. Era un tipo bueno, bien educado, inteligente, trabajador, honesto. Sin dobleces. Cuerpo anodino, de musculatura desaparecida por pasar muchas horas cada día sentado estudiando, investigando. Estaba solo en el mundo. Salió del orfanato con catorce años y una beca para estudiar interno en la escuela para superdotados. No se le conocían familiares. Lo había encontrado sor Encarnación una mañana, aún desdentado, en el torno por donde despachaban los dulces de Navidad a sus golosos clientes. Nadie quiso adoptarlo al verlo tan enclenque y paliducho, por eso las monjas lo enviaron al asilo de huérfanos. Tenía cara como de resignación. Siempre dispuesto para ayudar a quien se lo pidiera con su sabiduría y su bondad. Se alimentaba a destiempo con bocados de cualquier cosa. Nadie le cocinaba ni sabía hacerlo él.

Nunca pensó que Irene pudiera quererlo. Ella era una diosa. Ser amigas ya le parecía el sumun de la generosidad del destino. No aspiraba a nada más, pero Miguelón lo atemorizaba. Sabía por su amiga que ahuyentaba a todos los hombres que se acercaban a ella.

—Pero tú no eres como los demás —le dijo la hermosa Irene colgándose de su brazo con una sonrisa que acompañaba al brillo de su mirada esmeralda—. Eres mi mejor amigo, mi confidente. Sé que nunca me traicionarás. Te quiero tanto que mi tío te aceptará en nuestra familia cuando te conozca como yo. El viernes, a la salida del laboratorio, ven a casa conmigo. Cenarás con nosotros. Será una sorpresa, mi tío no podrá negarse.

—Ay, Irene, ¿crees que es buena idea? ¿No será mejor que tu tío esté avisado? Ya sabes lo que dicen de él, que no le gusta hablar con la gente. Más que miedo, infunde terror —tartamudeó Cándido con espanto.

Una explosión de carcajadas hizo manar agua de los ojos de la hermosa Irene mientras descansaba la cabeza en el hombro de su amigo.

—Pero yo ya le he hablado de ti. Sabe que eres bueno, que nunca me harás daño.

—Tu tío se dará cuenta de lo que siento —se atrevió a decir Cándido—. No seré capaz de disimular delante de él. —Ahora temblaba como la mariposa a punto de ser pinchada con alfiler sobre el corcho.

—¿Qué es eso que me ocultas, tunante? Yo no tengo secretos para ti. —Irene le propinó un suave pellizco en el brazo a la vez que ponía morritos de niña traviesa.

Cándido se soltó de su amiga. Una taquicardia repentina amenazaba con arrancarle el corazón de cuajo.

—Irene, te amo —atinó a balbucear antes de tropezarse con la esquina que doblaban.

Ella rodeó el cuello de Cándido con sus brazos a la vez que colonizaba con sus besos todos los resquicios de la cara de su amigo.

—¿Por qué has tardado tanto en decírmelo? —La emoción iluminaba el rostro de la hermosa Irene—. Te adoro, mi amor, ¿no te habías dado cuenta?

## CAPÍTULO 2: EN EL PRINCIPIO

Miguelón nació en Madrid el 17 de febrero de 1980 mientras de la plaza de San Francisco el Grande salía el desfile de carrozas y comparsas de los carnavales. Desde 1936 no se disfrutaba de esa fiesta en la villa. En esos cuarenta y cuatro años, lo que no se perdió del todo fue el Entierro de la Sardina, que se realizaba en la clandestinidad cada Miércoles de Ceniza. Aquel día, a la vez que Miguelón salía del vientre de Lucinda, la costurera, se recuperaba oficialmente el carnaval madrileño. Al hospital Gregorio Marañón fueron a ver al recién nacido las dos hermanas de la madre.

—¡Qué guapo! —dijo la tía Marisa—. Es un Minguela. Ya ves, Lucinda, una ventaja de ser madre soltera. El niño llevará tu apellido y la estirpe continuará.

—¡Qué bestia eres! —apostilló Teresa dando un empujoncito cariñoso en el hombro de su hermana

y apartándola para observar mejor a la criatura—. No lo veo yo tan guapo ni que se parezca a la familia, pero los niños cambian y el apellido es lo que importa.

—Vaya dos. —Lloraba de risa Lucinda apretándose con las manos el vientre para que no se le saltaran los puntos de la cesárea—. En buena hora el sinvergüenza escapó después de saber que me había dejado embarazada. ¡Anda y que el diablo se lo lleve!

Rieron las tres hermanas mirando embobadas al primer vástago de una nueva generación.

—Por cierto, me dijo Carmela hace una semana que Federico se coló por una alcantarilla que estaba sin tapadera en medio de la calle —dijo Marisa en tono alegre—. Parece que un escapado de la cárcel había salido por ella de madrugada y corrió sin detenerse a tapparla. El tonto de tu ex, que venía de una fiesta dando tumbos por la borrachera, no se percató del agujero y siguió el viaje hacia el infierno. Un aullido como de gato asustado es lo último que se recuerda de él. El diablo se lo llevó. No he querido decirte nada porque estabas a punto de parir, pero te veo tan contenta que para qué esperar más. —Marisa acabó de dar la noticia con una carcajada.

—¡Qué barbaridad! —intervino Teresa—. No tienes remedio. Ya decía madre que a veces debe-

rías coserte la boca. Las cosas se pueden explicar de otra manera, con más tacto. Yo también lo sabía por Carmela, pero la dije que chitón hasta que naciera el niño. Ya la conoces, es tan deslenguada como nuestra hermana —remató Teresa mirando a Lucinda con una sonrisa.

Después de ese día, no se volvió a hablar del tema.

Miguelón creció y se convirtió en un niño poco agraciado pero obediente, criado al lado de su madre, que trabajaba en casa con la Singer. Lucinda había aprendido a coser a los doce años en una academia para modistillas y a los dieciséis la maestra la contrató como oficiala para ayudar con los vestidos de novia. Los pedidos desbordaban a la docente, así que enseñó a su alumna más aventajada todos los secretos de la alta costura. Lucinda era tan aplicada y tan cumplidora que trabajó por un sueldecillo pequeño hasta que conoció a Federico. Él la convenció para que se independizase.

Puso el taller en su propia casa, la que compró en Moratalaz dando una pequeña entrada con sus ahorros y firmando setenta y dos letras de cambio que iba pagando con los beneficios de su trabajo. Fue un acierto. Podía sobrehilar, rematar con el pespunte, utilizar el punto escondido en los dobladillos, festonear y coser con punto de bastilla y con el de escapulario... con su querido hijo al lado.

De la calle Serrano y Núñez de Balboa llegaban sus clientas nuevas, pues a las que acudían a ella habiendo sido antes de su maestra les pedía, por favor, que siguiesen con aquella.

Tenía Miguelón siete años cuando entró un hombre con atuendo de mayordomo.

—Buenos días —dijo, y entregó un sobre a Lucinda—. Por favor, señora, tenga la amabilidad de leer esta carta, pues me han ordenado esperar respuesta.

—Disculpe, buen hombre —contestó la costurera, algo sofocada por la intromisión de aquel caballero en el taller sin que sus hermanas la hubieran avisado—. Por favor, entregue el sobre a una de las mujeres que habrá visto en la salita de la entrada.

Teresa irrumpió dando voces, visiblemente enfadada.

—Oiga, señor, le dije que esperase en el recibidor. Lucinda no puede atenderle en este momento. Ya se lo avisé. —Puso cara de perro, pareciera que se lo ladrara.

—Lo sé, lo sé, discúlpenme, señoras —dijo el entrometido con modales educados a la vez que hacía una pequeña reverencia mirando a Lucinda, a la que consiguió sacarle una sonrisa.

—Teresa, lee la carta y me dices luego qué mensaje es ese tan urgente que no puede esperar al hilván de este volante —habló Lucinda mirando a

su hermana—. Y usted, por favor, salga y espere la respuesta en recepción.

*Queridísima Lucinda, le envío estas líneas con mi empleado porque ya no sé cómo llegar a usted. Por favor le pido que me reciba en su taller a solas. Es importante, muy importante, lo que tengo que decirle. Solo dígame día y hora, de día o de noche, y ahí estaré. Tenga en cuenta mi posición, mi alcurnia. Para mí, a pesar de su humilde rango, usted es una amiga, más que eso, mi salvadora. Confío en su discreción. Agradecida eternamente.*

*Condesa de Robles y Tejeiro*

Teresa, muy nerviosa y algo intrigada, lo leyó en un susurro al oído de su hermana, para asegurarse de que ni las paredes escucharan. Acabada la lectura, miró a Lucinda con cara de interrogación.

A la costurera, Elsa Robles le caía bien. El único problema es que era clienta de su maestra, y su honestidad y su agradecimiento no le permitían robársela. Cierto era que la condesa le había enviado a algunas de sus amigas de la rancia nobleza que nunca antes habían solicitado los servicios de taller de su antigua profesora y que se habían convertido en asiduas clientas. Recibirla era lo menos que podía hacer. Era de las pocas mujeres con títu-

lo que nunca la había tratado con desdén, al contrario, se desahogaba con ella contándole secretos que a Lucinda le erizaban el cabello. «¡Qué mujer! —pensaba entornando los ojos—. Pero si es de carne y hueso como yo, ¡y qué confiada!, anda que si yo contara lo que sé».

Con una sonrisa recordó sus conversaciones.

—Doña Elsa, pero ¿por qué me confía a mí esas cosas? Ay, mi madre, que en santa gloria esté. Yo no imaginaba que ustedes también sienten, ya sabe, cosquillas en salva sea la parte, pero perdóneme si le doy mi parecer, porque usted me lo ha pedido —se atrevió la costurera a replicar a su clienta.

—Sí, hija, sí, dime, dime. A mis amigas no se lo puedo contar porque igual que yo me dejo hacer por el jardinero, ¿qué te crees? ¿Que las muy ladinanas no harán lo mismo? —La condesa de Robles y Tejeiro ponía los ojos en blanco mientras su modista unía con alfileres el volante al dobladillo y seguía confesando sus argucias para burlar al conde.

—Pues entonces ellas la entenderán mejor que yo —replicó la costurera.

—Pero qué ingenua eres, chiquilla. A la de Atienza, que tú la conoces, se le escapó un día que mi marido andaba con la hija de su ama de llaves y que ella misma les dejaba un cuarto los jueves para que holgaran a gusto. Yo me hice la tonta, pero desde entonces ya no tengo cargo de conciencia. Estoy

pensando cambiar al jardinero por el novio de mi cocinera. O mejor, que los dos me soben, uno cada día. La cocinera, aunque se entere, hace mutis. Buenos regalos le haría yo a su Gustavo, que está para comérselo.

—Ay, calle, por favor, señora condesa, que a mí me parece que eso no está bien. Lo del jardinero puede pasar, que no tiene mujer conocida. Pero a la Petra, con lo buena que es y lo bien que le cocina, no es de recibo que haga usted eso con su hombre. —Lucinda se ruborizó al oír sus propias palabras—. Perdón, doña Elsa, que no sé lo que me digo. Yo no soy quién para decirle a usted nada.

—¡Ay! Que me pinchas, ten cuidado. Te pones nerviosa por cosa sin importancia. Tengo que encontrarte un buen hombre, que no sé cómo puedes estar en baldío. ¿O es que, aún, no te han estrenado?

—Déjeme de machos hasta que esté preparada para formar una familia. Ahora mi trabajo es lo único importante. Y usted no me haga caso, dese gusto todo lo que quiera y, de lo que me cuente, ya sabe, una tumba —dijo Lucinda ya más sosegada—. Pues hemos acabado, el próximo martes la última prueba. ¡Qué guapa va a estar usted en la fiesta del embajador!

—Gracias, Lucinda. —Bajó la condesa su mano derecha hasta el escote de la costurera, que perma-

necía aún en cuclillas, y depositó con disimulo un billete verde—. Tu propina por la prueba, que no se entere nadie, y quiero que sepas que además de mi modista eres mi amiga.

—Gracias, doña Elsa. Y descuide, soy una tumba.

Zarandeo Teresa, asustada, a su hermana.

—Chiquilla, ¿qué te pasa? ¿Dónde te has ido? Baja de las nubes.

Lucinda volvió de los recuerdos y mandó pasar al taller a Pedro, el mayordomo de Elsa. En la misma carta, escribió:

*Cualquier noche a partir de la hora nona puedo recibirla en mi casa. Mi niño ya estará dormido y mis hermanas no volverán hasta por la mañana. Por favor, ocúltese con capa, que nadie la reconozca. Ya sabe que no recibo a clientas de mi maestra, y aunque no la voy a coser a usted, ya lo sabe, para cualquier otra cosa me tiene a su disposición.*

*Lucinda, la costurera*

Cerró el sobre con puntadas hechas a festón con hilo malva y se lo entregó al mensajero.

—Ahí tiene la respuesta, yo no necesito más contestación. Otra vez no venga avasallando, buen hombre —dijo con una sonrisa.

Él dio las gracias tartamudeando y salió entre reverencias.

Se apresuró, entonces, Teresa a interrogar a Lucinda. Pero antes la puso al día de los tejemanejes de la hermana mayor, como en confianza, para después sonsacarle los secretos de la condesa.

—Marisa ya se ha ido a su casa. Tenía que hacer no sé qué. Ni caso la he hecho porque sé que es mentira. Se está viendo con el mecánico de la SEAT. Como se entere Carmela, la arrastra. Aunque hace un mes que le echó de casa porque vino borracho de la cena de empresa, dice que sigue siendo su hombre y a la lagarta que lo toque la desuella. Pero dime, Lucinda, ¿qué contestación le has dado a la Robles? El mayordomo ha salido como si le persiguiera una jauría de galgos.

—Sabes, hermana, que un secreto deja de serlo con hablarlo en voz alta. Lo que me haya confiado la condesa, para mí queda y para ella. Vete tú también, que se acerca tormenta, y cuida de nuestra hermana. Aunque sea la mayor, Marisa siempre ha sido una cabeza loca. Ay, si madre se levantara de su tumba.

—Se volvería a morir, Lucinda —dijo Teresa, moviendo la cabeza de arriba abajo—. ¡Cuántos disgustos se ha ahorrado con nuestra hermana por morirse pronto! Todo tiene su lado positivo.

—Hasta mañana, Teresa.

—Hasta mañana, Lucinda.

A la media hora de cerrar la puerta, tal como imaginaba la modista, siete golpes débiles y apresurados rozaron la cancela. Allí estaba la condesa, escondida la cara con capucha negra y el cuerpo hasta los pies envuelto en un mantón como de pordiosera.

—Bendito sea san Sulpicio. Pero ¿qué la ha pasado, señora? Parece que viniera de soldar alcanfarillas.

Lucinda se apresuró a tirar de doña Elsa para que nadie la viera. Ya en el taller, las dos solas, Elsa Robles se desprendió de las ropas de mendigo y resplandeció con un vestido joya exclusivo y carísimo.

—No te preocupes, amiga. Solo quería pasar desapercibida. Esta reunión es secreta.

—Me tiene en ascuas. Dígame lo que necesita de mí y, excepto lo que ya sabe, a sus órdenes estoy, que le tengo a usted mucho agradecimiento.

—A solas, hablemos como amigas. Llámame Elsa, y me tuteas, porque así será más fácil lo que vamos a tratar.

—¿Le apetece un té con canela o una infusión de manzanilla bien caliente? —ofreció Lucinda a la visita—. Yo me la preparo siempre antes de acostarme.

—Pero ¿qué te he dicho, chiquilla? —replicó la condesa—. Que me tutees, que somos amigas, mi mejor amiga desde hoy. ¿Qué digo? Mi única amiga.

—Ay, Elsa, que no me acostumbro, pero lo intentaré. ¿Qué es lo que te ocurre? ¿En qué puedo ayudarte yo, que soy menos que nada a tu lado? —brotaban las palabras de la costurera a trompicones. No podía imaginar los planes de la Robles.

—Estoy embarazada, Lucinda —espetó la condesa en voz baja—. Necesito tu ayuda, querida amiga. No puedo acudir a nadie más. No es de mi marido, claro. Él es inútil para preñar. De eso me enteré por la de Atienza, que se lo explicó la hija de su ama de llaves. Por eso sigue la lagarta abriéndose de piernas todos los jueves y engordando el monedero sin consecuencias.

La costurera no comprendía qué pintaba ella en ese asunto.

—Elsa, mi buena amiga, ahora entiendo tu preocupación, pero no adivino qué puedo hacer por ti. —Lucinda se tranquilizó al pensar que la condesa solo necesitaba desahogarse, como tantas veces.

—Tú vas a ser mi salvadora. Tener un hijo siempre ha sido mi ilusión más grande. Además, al ser del jardinero, ha de ser guapo, o hermosa si es una hembra. Ojalá saque esos ojos verde esmeralda que me tienen trastornada.

—¿Yooo, tu salvadora? Pero ¿qué quieres que haga, Elsa?

—Muy fácil. Te casas con el jardinero. Dices que estás embarazada. Yo estos meses andaré es-

condida. Tú sabrás ir engordando un cojín debajo de tu vestido. Mi amorcito vendrá a vivir contigo, y que quede entre nosotras lo que voy a decirte. —Elsa miró a todos lados, y finalmente bajó la voz como si las paredes pudieran escuchar—: Puedes gozar con él cuando se te antoje. Te va a subir a los cielos. ¡Santo Cristo de todos los clavos! ¡Cómo enhebra!

—Ay, Doña Elsa, que me pierde. Pero qué locura me propone. Que yo tengo un hijo de siete años. No quiero más hombres en mi vida, y menos en mi casa. Por la jofaina de Pentecostés, tenga la seguridad que yo chitón de lo que usted me ha confiado, pero no quiero oír más disparates —hablaba Lucinda bien plantada, mirando a la cara de la condesa con un desparpajo que intimidó a Elsa.

—Lucindita, pero ¿qué te he dicho? Que me tutees. No me has dejado acabar. —Elsa se repuso poco a poco del atrevimiento de la costurera—. En una semana te casas con mi Daniel. Pasado un mes y medio, dices que estás embarazada y cuando nazca mi hijo se supone sietemesino. De ese modo tú quedas limpia de deslices y solo tendrás que lidiar con la envidia que te van a tener por disfrutar de un marido tan deseado por todas.

—Ay, amiga, que sigo sin entender. Estás falta de juicio. ¿Por qué no tienes a tu hijo y lo das luego en adopción? Puedes hacerlo sin que nadie se en-

tere. En eso sí que puedo ayudarte. Tengo amistad con las monjitas del convento, les coso los hábitos y las tocas. Entro a la clausura para tomar medidas porque ellas no pueden salir al mundo. Solo la hermana portera y la madre abadesa pueden ser vistas por cualquiera —habló Lucinda, convencida de que era la solución para su amiga.

—Hablemos claro, querida. —La condesa decidió poner al descubierto sus intenciones—. Yo quiero estar cerca de ese hijo. Seré su madrina. Será mi heredero. Pasará en mi casa todo el tiempo que tú me lo permitas. A Daniel le triplicaré el sueldo. Ahora será el encargado de reponer los enseres que se necesiten en mi casa. Puedes estar tranquila que no va a seguir cuidando mi jardín ni lo gastaré más para aplacar mis ansias. A partir de ahora, solo mi futuro hijo será la alegría de mi vida. Tú disfruta de hombre, que están para usarlos.

—Elsa, no digas eso, por favor, que mi Miguelón será hombre y no todos son iguales. También hay algunas locas por ahí. ¿Qué digo? Aquí mismo veo una. —Sonrió Lucinda para templar la conversación con ironía—. Además, difícil va a ser ocultar este enredo. Mira que otra persona también será cómplice, y yo solo me fío de mí para mantener secretos.

—Déjalo de mi cuenta, Lucinda. —La condesa notó que la costurera reducía sus reparos—. Del jardinero me encargo yo.

No imaginaba la modista el verdadero significado de la última frase de Elsa.